



Sophia, Colección de Filosofía de la
Educación
ISSN: 1390-3861
faguilar@ups.edu.ec
Universidad Politécnica Salesiana
Ecuador

Villarroel Idrovo, Jorge
Las calificaciones como obstáculo para el desarrollo del pensamiento
Sophia, Colección de Filosofía de la Educación, núm. 12, 2012, pp. 141-151
Universidad Politécnica Salesiana
Cuenca, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=441846101009>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

LAS CALIFICACIONES COMO OBSTÁCULO PARA EL DESARROLLO DEL PENSAMIENTO

Marks as an obstacle for the development of thought

JORGE VILLARROEL IDROVO *

villarreal08@gmail.com / Universidad Técnica del Norte / Ibarra-Ecuador

Resumen

Este trabajo analiza la relación entre las calificaciones del rendimiento académico y el desarrollo de las capacidades cognitivas de los estudiantes universitarios. Para el efecto, expone los resultados de una investigación diagnóstica sobre las percepciones de estudiantes y profesores acerca de las calificaciones. Junto a ello, presenta varias argumentaciones de expertos sobre lo inconsulto de las calificaciones para evaluar el aprendizaje de los estudiantes y menos aún las capacidades intelectuales superiores.

Palabras clave

Evaluación, medición, calificaciones, pensamiento, inteligencia.

Abstract

This paper analyses the relationship between the marks of academic performance and the development of cognitive skills of university students. To this end, it presents the results of a diagnostic investigation on the perceptions of students and teachers over grades. Furthermore, it presents several expert's arguments on marking to evaluate students' learning, let alone higher intellectual skills.

Key words

Evaluation, measurement, qualifications, thought, intelligence.

Forma sugerida de citar: VILLAROEL, Jorge. 2012. "Las calificaciones como obstáculo para el desarrollo del pensamiento". En: *Revista Sophia: Colección de Filosofía de la Educación*. Nº 12. Quito: Editorial Universitaria Abya-Yala, pp. 141-152.

* Magister en Evaluación y Currículo. Docente titular de la Carrera de Psicología Educativa y exrector de la Universidad Técnica del Norte, Ibarra. Autor de varias obras pedagógicas.

Introducción

Una de las verdades incuestionables de los tiempos actuales es la necesidad de pensadores para la solución de los problemas locales y mundiales. La producción científica y tecnológica, los servicios y las empresas, están actualmente en busca de jóvenes con elevadas dotes para pensar y crear. El mundo necesita ideas originales, innovadores productos, nuevos tipos de organizaciones e instituciones, renovadas iniciativas, vanguardistas creaciones de arte y diseño. Pero más que eso, requiere con urgencia de pensadores jóvenes y revolucionarios para proponer soluciones imaginativas a los dilemas que agobian a la humanidad: pobreza, exclusión, violencia, corrupción, incultura, racismo... el pensamiento, ciertamente, es una opción para lograr un mundo mejor.

142



El desarrollo del pensamiento es también una necesidad urgente en la sociedad de la información y el conocimiento. Sin el ejercicio de esta capacidad seremos fácil presa del engaño y la manipulación de quienes están detrás de la producción cultural, política, científica y tecnológica. En efecto, constituye una exigencia creciente en la tarea cotidiana traducir la información a conocimiento sólido y aplicable para aprender, tomar decisiones y actuar con acierto. Sin el pensamiento riguroso nos dejaríamos llevar por los intereses hegemónicos, renunciando a parte del protagonismo que nos corresponde. Se requiere, pues, de hombres y mujeres que piensen con esmero, asegurando la validez de cada conocimiento, dudando de su propia percepción de las realidades y cuestionando también el rigor y el propósito de cada información, antes de darla por cierta. La enorme profusión de la información demanda personas que se muestren exigentes e incluso desconfiadas con el saber oficial.

No es posible presentar en este espacio numerosas argumentaciones para demostrar que el desarrollo de las habilidades cognitivas superiores ciertamente debería ser la preocupación esencial de la educación superior. De ahí que, por lo menos, conviene citar la utopía de ver a nuestras instituciones convertidas en centros de entrenamiento de las capacidades intelectuales, en lugar de espacios donde se repiten saberes caducos.

Aquí surge la primera crucial inquietud: ¿en qué medida puede asegurarse que la enseñanza universitaria de nuestro país orienta su trabajo con la misión primaria de promover el pensamiento y potenciar las capacidades cognitivas superiores para formar gente inteligente?

Ante este imperativo se puede empezar a escudriñar si los diferentes componentes del proceso académico: programas de estudio, metodologías, recursos, formación docente, etc., están diseñados y ejecutados para acrecentar la capacidad de pensar de nuestros jóvenes. Múltiples

estudios han buscado determinar en qué medida estos factores han sido impulsores de la inteligencia o sus limitadores. Las evidencias empíricas que se observan a diario en las aulas universitarias nos permiten asegurar que el pensamiento es una práctica sostenida, sistemática y técnicamente bien realizada.

Las investigaciones sobre este problema han estado orientadas, de modo fundamental, a reconocer el papel que juega el docente universitario en el fomento de la inteligencia de los estudiantes. La mayoría de esos estudios verifican que el impulso del pensamiento no parece ser el fuerte de un alto número de catedráticos. Las indagaciones sobre las metodologías utilizadas en los claustros universitarios prueban, asimismo, que las estrategias dominantes escasamente promueven las habilidades del pensamiento. En cuanto a los recursos, a pesar de los avances tecnológicos, muy pocos de ellos son aprovechados para capacitar profesionales pensantes.

Pero hay un elemento curricular determinante que ha sido poco estudiado como promotor o rémora de los procesos intelectuales: la evaluación. En forma más precisa, se debe admitir que la evaluación, en su verdadero sentido y alcance, tiene poca o ninguna presencia en la educación superior. Lo que prima, de manera definitiva, es la medición o calificación, evidenciada en el eterno juego mediocre de asignar y recibir valores numéricos, con el supuesto positivista de que el aprendizaje, el razonamiento, la inteligencia y la creatividad pueden ser valorados con números.

La presente investigación diagnóstica ha sido diseñada para indagar sobre la incidencia del sistema de calificaciones que prevalece en la educación superior, en el desarrollo de las aptitudes intelectuales de los jóvenes. Esta preocupación resulta natural si se sabe que estos artificios numéricos tienen un papel importante y hasta decisivo en la formación y capacitación de los futuros profesionales. Si se acepta que los componentes curriculares como la planificación, ejecución y evaluación deben estar encaminados hacia el mejoramiento personal y a potenciar las capacidades mentales de los educandos, se sobrentiende que el sistema de calificaciones debe cumplir con dichos postulados.

Para sistematizar la presente investigación se formularon algunas preguntas directrices que tienen decisiva incidencia en la calidad académica de los centros universitarios. Estas interrogantes pueden activar, de modo anticipado, las opiniones de los lectores y posibilitar el seguimiento de las argumentaciones expuestas en el artículo.

- ¿Conciben los profesores y estudiantes a las calificaciones como un medio que aporta al desarrollo del pensamiento?



- ¿Se justifica la excesiva importancia que se brinda a las calificaciones como promotoras de las capacidades cognitivas?
- ¿Cuál es la opinión de los expertos sobre el “invento” de las calificaciones en los procesos educativos?
- ¿Pueden los valores numéricos evaluar y promover procesos intelectuales superiores?
- ¿Puede endilgarse a las calificaciones como una de las causas de la baja calidad educativa de las instituciones?

Los resultados de la observación empírica

144
S

El presente trabajo consideró, en primer lugar, exponer las percepciones de profesores y estudiantes acerca de las calificaciones como promotoras de las aptitudes del pensamiento. Para el efecto se encuestó a 264 estudiantes de tres carreras universitarias y a 35 profesores. Los resultados del estudio se exponen a continuación utilizando cifras porcentuales; los porcentajes en negrilla corresponden a los docentes.

PERCEPCIONES DE ESTUDIANTES Y PROFESORES SOBRE LAS CALIFICACIONES				
Clave:	MA	Muy de Acuerdo	A	de Acuerdo
	D	en Desacuerdo	TD	Totalmente en Desacuerdo

Nº	PROPOSICIONES	PORCENTAJES			
		MA	A	D	TD
1.	Las calificaciones ponen nerviosos a la mayoría de estudiantes.	54% 60%	44% 35%	1% 2%	1% 3%
2.	Las calificaciones valoran la capacidad de razonamiento lógico de los estudiantes.	12 15	35 19	38 43	15 23
3.	La mayor preocupación de los estudiantes en la universidad son las calificaciones que asignan los profesores más que los conocimientos adquiridos.	42 56	46 38	2 3	0 2

Nº	PROPOSICIONES	PORCENTAJES			
		MA	A	D	TD
4.	Si los estudiantes saben que sus calificaciones dependen de lo que pueda repetir en las pruebas y exámenes es difícil que puedan expresar sus criterios y opiniones.	36 32	57 62	5 3	2 3
5.	En la educación universitaria hay una verdadera obsesión por las calificaciones.	35 28	43 54	16 10	5 6
6.	Las calificaciones en la universidad no valoran la creatividad que pueden tener los estudiantes.	32 35	45 48	18 12	4 5
7.	Al final, la mayor preocupación de los profesores es asignar calificaciones a los estudiantes.	23 12	45 23	28 48	3 17
8.	Las calificaciones son instrumentos para motivar a los estudiantes a seguir pensando sobre los temas de clase.	8 17	27 32	60 38	5 13
9.	Las calificaciones lo único que miden es la buena o mala memoria de los estudiantes.	18 13	49 34	29 42	4 11
10.	Las calificaciones contribuyen al desarrollo de la inteligencia de los estudiantes.	6 9	38 24	44 49	12 18
11.	Los profesores otorgan mejores calificaciones a los buenos repetidores de conocimientos antes que estudiantes que razonan.	21 14	36 18	32 49	9 18
12.	Las calificaciones permiten identificar a los estudiantes que saben solucionar problemas de la vida real.	4 11	31 18	47 52	17 19
13.	Los exámenes son los mejores instrumentos para determinar las calificaciones que obtienen los estudiantes.	16 14	29 23	43 45	11 18
14.	Altas calificaciones son sinónimo de una buena capacidad intelectual.	13 8	27 19	45 51	15 21
15.	Sin calificaciones no habría razón para estudiar.	13 17	32 39	28 32	26 12
16.	Las calificaciones son instrumentos que impiden pensar de manera autónoma a los estudiantes.	18 13	47 37	23 35	11 14

145
S

Fuente: El autor

Los datos expuestos han permitido obtener algunas conclusiones significativas:

- Resulta evidente que los estudiantes y los profesores encuestados no consideran a las calificaciones un instrumento que pueda evaluar procesos cognitivos de mayor nivel y ser un medio para el desarrollo intelectual de los jóvenes. Los porcentajes promedio de 67,5% y 69,1% respectivamente, así lo confirman.
- Un porcentaje significativo de estudiantes 62% atribuye a las calificaciones únicamente la medición de las capacidades memorísticas o de reproducción de conocimientos. El porcentaje de los profesores (39,5%) puede explicarse por el sesgo que significa autoevaluarse negativamente. Además, resulta una contradicción afirmar que “las calificaciones no favorecen las aptitudes cognitivas, pero tampoco el memorismo”.
- De las dos inferencias, se puede extrapolar que las calificaciones no parecen ser un recurso curricular que aporte al desarrollo del pensamiento de los estudiantes de educación superior.

De estas conclusiones, las preguntas obligadas son: ¿sí las calificaciones no son instrumentos idóneos para el crecimiento intelectual, por qué se las acepta como razón primaria del proceso educativo en todos los niveles de enseñanza?, ¿no será mejor dedicar nuestro mayor esfuerzo a concienciar el valor del aprendizaje y del ejercicio del pensamiento, libres de los artificios numéricos que constriñen la inteligencia?

Argumentos de los expertos sobre el efecto de las calificaciones en el desarrollo del pensamiento de los jóvenes universitarios

Son innumerables los especialistas que han alertado sobre lo nocivo de la obsesión educativa por las notas o calificaciones. Todos ellos, a lo largo de muchos años, han argumentado con sobra de evidencias que estos artilugios pervierten la motivación genuina por aprendizaje y constituyen un factor determinante para el menoscabo del pensamiento de nuestros jóvenes. En verdad, necesitaríamos una obra de muchas páginas para demostrar lo nefasto del sistema de calificaciones, que, como se ha dicho, es solo un remedio de la verdadera evaluación educativa. Ante la imposibilidad de exponer numerosas referencias, nos limitaremos a citar de manera breve algunos juicios de expertos sobre los aciagos efectos de las calificaciones en los sistemas educativos.

La frase lapidaria de Renner (1975), pronunciada hace cuatro décadas, resume las críticas a las calificaciones: “quizás la educación hubiera tenido mejor suerte si nunca se hubiera inventado el sistema de calificaciones”. Las secuelas han sido de tal impacto que la educación se ha convertido en una estructura subordinada a las notas. Quítense estas de las aulas y se verá cómo el sistema educativo se derrumba. “Las calificaciones son las muletas que hacen caminar a la educación”, decía Oliveira.

Pocos podrán desmentir que las notas están profundamente arraigadas en los sistemas educativos, de ahí que resulte en extremo difícil que los directivos, profesores y alumnos puedan enjuiciarlas. Según Elsbree (1965), casi todas las autoridades consideran a los números como un recurso administrativo esencial para la educación de niños y jóvenes. Los maestros miran a las notas como un decisivo instrumento disciplinario que se pone en sus manos. Los directivos las usan para justificar la ubicación de los alumnos en un curso u otro, a más de la concesión de honores y castigos. Para los padres, las calificaciones son casi el único lazo de vinculación con el centro educativo. Por último, para los estudiantes son metas supremas que hay que alcanzarlas a cómo de lugar.

En efecto, las actuaciones de los involucrados en el proceso educativo están supeditadas a la asignación de notas. En caso estudiantil, casi no les mueve otra motivación que la búsqueda de valores numéricos que les acredeite para subir en la escala educativa. De este modo, el aprendizaje, el mejoramiento conductual o intelectual tiene poco interés en los centros universitarios, lo visible es el afán desmedido por conseguir calificaciones que permiten a los alumnos continuar ascendiendo, con la consecuente satisfacción de los padres, la resignación de los docentes y la satisfacción gubernamental que considera que los “estándares educativos están subiendo”.

En las ilustrativas obras de experto español Santo Guerra se puede encontrar una amplia argumentación en contra de los valores numéricos utilizados como sinónimos de evaluación. Él usa el calificativo de “patología” para retratar lo que sucede con la evaluación en los claustros universitarios. Entre las deformaciones más comunes cita a la evaluación cuantitativa: “la pretensión de atribuir números a realidades complejas es un fenómeno cargado de trampas en el área de educación”. En otro artículo incisivo el mismo autor afirma que resulta una paradoja para la universidad potenciar funciones intelectuales menos ricas, cuando a diario predica ser la depositaria del pensamiento.

De otro lado, múltiples estudios e investigaciones han demostrado los efectos negativos de aceptar a las calificaciones como necesarias e insustituibles en nuestros centros educativos, entre los cuales pueden citarse los siguientes:

- Se valora las notas y no el aprendizaje
- Declina la calidad de la enseñanza, pues las notas valoran, de manera esencial, la reproducción de conocimientos en lugar de las funciones mentales superiores
- Reducen la motivación para aprender
- Miden resultados intrascendentes de la educación
- Destruyen el sentimiento del propio valor
- Crean barreras entre alumnos y maestros
- Promueven el individualismo y la competencia
- Promueven conductas reñidas con la moral

Pero nuestro mayor interés está centrado a la relación “calificación-desarrollo intelectual”. ¿Puede sostenerse la hipótesis que el sistema de calificaciones provoca disminución de la inteligencia de quienes asisten a las aulas? He aquí una interesante investigación que podría constituirse en un aporte trascendente para el avance educativo de cualquier país, pues desbarataría el dogma de los valores numéricos como medios útiles para capacitar personas reflexivas, pensantes y creadoras.

Tomemos, en primer lugar, el memorismo como reduccionismo de la verdadera capacidad intelectual de los alumnos que se ha analizado en páginas anteriores. Si se vincula a esta deplorable actividad mental con las calificaciones escolares se podrá encontrar una alta correlación, es decir, las notas son, a no dudarlo, un instrumento que acrecienta el memorismo. Los hechos verifican que las respuestas de exámenes y pruebas alcanzadas a base de repetir mecánicamente conocimientos, son “premiadas” con altas calificaciones. Mientras más se refuerce esta vinculación, mayor será el interés de los alumnos por aprenderse de memoria unos contenidos. Al cabo de infinidad de estas experiencias, todos podemos estar de acuerdo en que esta facultad apenas si tiene relación con capacidades cognitivas como el razonamiento, el pensamiento lógico, crítico y creativo. Se puede deducir, entonces, la responsabilidad del sistema de calificaciones en el bajo desarrollo de procesos intelectivos más emblemáticos de la educación superior. Al final, de sus diarias experiencias, los educandos infieren que lo importante en las aulas es la aceptación pasiva de ideas de otra gente y que sus juicios no tienen cabida en el sistema.

Un experto norteamericano advierte:

Las asignaturas se reducen a depender de los exámenes. Una materia consiste generalmente en una serie de resúmenes para la gran prueba de trivialidades. Es una especie de preguntas, ya preparadas, y parece funcionar solo en el caso de que los participantes estimen el ‘ premio’. El ‘ premio’ naturalmente es una nota. Una calificación apropiada permite al participante seguir jugando a las trivialidades. Durante ese tiempo, no



olvídemos, se produce muy poca, si es que se produce, actividad sustantiva (Postman, 1975).

Asimismo, los últimos descubrimientos de la psicología han demostrado que la capacidad de pensar es susceptible de ser mejorada. Las numerosas obras de autor inglés De Bono dan cuenta de esta posibilidad, siempre y cuando se incentive la solución de problemas y la creatividad de las personas. Pero estos procesos mentales no pueden acrecentarse mientras determinados obstáculos los pongan freno, y uno de los más comunes son los valores numéricos que se asignan en la educación. Postman, por ejemplo, llega a la conclusión de que las respuestas correctas y las notas solo sirven para impedir que los educandos sigan meditando sobre lo aprendido. En lugar de promover la continua investigación, el análisis reflexivo y la búsqueda de nuevas alternativas, la enseñanza entrega valores numéricos y con ello se suspende cualquier examen ulterior inteligente de un hecho, fenómeno o problema. El alumno que ha recibido una nota alta, no ve la razón para seguir profundizando su estudio: alcanzó su meta y ahí se detiene. Si otro obtuvo una nota baja, sabe que tiene que repetir mejor la próxima vez, pero no ve la razón para ampliar su conocimiento mediante otros recursos.

De otro lado, pocos estarán dispuestos a confirmar que las calificaciones puedan catalogarse como instrumentos de medición de la inteligencia de los educandos. Aunque en el imaginario popular a los estudiantes con altas notas se les cataloga como mentalmente dotados, ninguna prueba científica podría sustentar tal hipótesis y menos en nuestras escuelas, donde la obtención de notas es producto de diversos factores: desde una buena memoria hasta las más singulares estratagemas. Además, las investigaciones han demostrado que el recuerdo de saberes tiene escaso impacto en la pruebas de aptitud mental, ya que estas se centran en las habilidades cognitivas con cierta independencia de los conocimientos. La mejor prueba de esto se lo puede encontrar en los resultados de las pruebas de la SENECYT a los aspirantes a estudios superiores.

Más aún, los especialistas del comportamiento creador acostumbran a citar como la primera barrera de la creatividad a la costumbre de la educación (y de la sociedad en general) de valorar todo desempeño personal. Si los alumnos saben que su actuación va a ser calificada, mal pueden dar rienda suelta a su imaginación. La situación es peor en los exámenes obligados, en donde prima el memorismo; si las notas valoran esta pésima práctica, no podemos esperar jóvenes creativos. Los estudiantes con “hábitos memorizadores” están más restringidos para hallar nuevas o más implicaciones a los conocimientos que reciben, asegura Torrance (Parnes, 1973). A la misma conclusión llega el connotado especialista Ken

Robinson (2010), quien en sus libros y videos ha demostrado que la escuela mata la creatividad.

De igual forma, numerosas investigaciones han verificado cómo el alto rendimiento académico fundamentado en las notas, no garantiza el éxito en la vida de las personas. Según los teóricos de la inteligencia emocional (Goleman, 1996), esta aptitud tiene mayor peso en el triunfo profesional que las calificaciones alcanzadas por los estudiantes en las asignaturas. Pero la escuela ha descuidado esta capacidad o no sabe cómo potenciarla, lo cual deja a los valores numéricos como único indicador de “inteligencia”.

Conclusión

150


A pesar de lo sucido del trabajo, se ha demostrado que las calificaciones o notas, que tienen primacía en la enseñanza universitaria, no son los mejores instrumentos para formar profesionales reflexivos, críticos, pensantes, creativos. Este innegable hecho resulta un verdadero atentado contra las personalidades juveniles y explica la crisis académica de la universidad. Esta conclusión nos lleva a deducir que si se espera formar jóvenes inteligentes, habrá que ir pensando seriamente en la eliminación radical de las calificaciones y en su lugar, buscar e implementar un verdadero sistema de evaluación que valore la consecución de las capacidades intelectuales de los estudiantes.

Bibliografía

- DE BONO, Edward
2011. *¡Piensa! Antes de que sea demasiado tarde*. España: Paidós.
- ELSBREE, Willard
1965. *Cómo hacer progresar al escolar*. Argentina: Paidós.
- GOLEMAN, Daniel
1996. *Inteligencia emocional*. España: Kairós.
- MORENO, Olga
2006. “¿Adicto a las calificaciones? ¡Cuidado!”. En: *Revista Iberoamericana de Educación*. España.
- OLIVEIRA, Lauro
1979. *Educación por la inteligencia*. Argentina: Humanitas.
- PARNES, Sidney
1975. *Guía del comportamiento creador*. México: Diana.
- POSTMAN-Weingartne
1975. *La enseñanza como actividad crítica*. Barcelona: Fontanella.
- RENNER et al.
1975. *El maestro subversivo*. España: Barral Editores.
- ROBINSON, Ken

2011. “La escuela mata la creatividad”. En: <http://www.youtube.com/>
- SANTOS, Miguel
1996. *Evaluación educativa*. Argentina: Magisterio Río de la Plata.
1999. “20 paradojas de la evaluación del alumnado en la Universidad española”. En: *Revista Electrónica Interuniversitaria de Formación del Profesorado*.
- VILLARROEL, Jorge
1990. *Evaluación educativa. Estudio crítico, alternativas de cambio*. Ibarra: Universidad Técnica del Norte.
2000. *Desarrollo del pensamiento*. Quito: AFFEFCE.
2002. “Reforma al sistema de evaluación para la consecución de la calidad académica”. En: *Revista del CONESUP*. N° 1. Quito.
2010. “Otra evaluación es posible”. San Pablo de Lago: Imprenta McVisión.
2012. *Pensamiento crítico y formación docente*. San Pablo de Lago: Imprenta McVisión.

Fecha de recepción del documento: 18 de enero de 2012
Fecha de aprobación del documento: 10 de marzo de 2012

151


